Biblioteca de Galicia

XX. 4(206)

PB 1761
CB 10304488
Titn. 529692

Biblioteca de Galicia

Biblioteca de Galicia

Ramón Salgado Toimil

Por Galicia y por el Arte

Lugo 1920

Biblioteca de Galicia

Biblioteca de Galicia

6386

CONFERENCIA

LEÍDA POR EL AUTOR, EN LA

EXPOSICIÓN DE ARTE

ORGANIZADA POR EL

ORFEÓN GALLEGO DE LUGO

EN LOS SALONES DE SU LOCAL SOCIAL

I.—Introito.
II.—El Arte ante la Metafísica tradicional.
III.—Las teorías platonianas y la libre estética.
IV.—Influencia del medio sobre la obra de arte.
V.—Espléndido alborear de la pintura galaica.
VI.—A flor de historia.

Biblioteca de Galicia

Biblioteca de Galicia

3.900

Al gentil capitán de los tercios galaicos que con lanza de madrigales derriba a mandobles a los villanos malandrines de nuestra estética superioridad regional, Ramón Fernández Mato, príncipe egregio del decir cantarino, cuyos labios de infanzona traza son exquisito surtidor de armoniosos cristales, donde bellamente se retrata el país de las leyendas y del arte hecho neblinas de ensueño, en devota ofrenda de cordial admiración, y evocando los días bullangueros en que el excelso burilista de la elocución literaria era romántico trovador de la Troya santiaguesa que sabe de sexos suspirantes, suspiros de amor y gallardías mancebas.

El Autor.

Biblioteca de Galicia

Biblioteca de Galicia

CARTA ANTE-PRÓLOGO

DEL AUTOR AL PROLOGUISTA

Sr. D. Antonio de Cora

Mi distinguido y buen amigo: Desde la montaña fonsagradina, a donde vine, no con motivo de farsa electoral, sino en busca del descanso veraniego y del placer geórgico, como un Fray Luis sin cogulla, me complazco en escribir a usted, para, irrumpiendo inoportuno en su incansable ajetreo periodístico, recordarle su palabra formalmente empeñada respecto al padrinazgo de aquel malaventurado sietemesino *que ustedes, los muy desconsiderados directivos del batallador* Orfeón Gallego, *tuvieron la humorada de hacerme malparir, con ocasión de aquel brillante balance, por su gallarda iniciativa realizado, de nuestro haber artístico actual.*

A V., mi caro amigo, toca gran parte de la culpa por mi literariamente, con premeditación y hasta deleite, entonces contraída. A V. alcanza, por ende, la obligación moral de recoger estas letras, en momentos de apretura engendradas y paridas, de apadrinarlas y defenderlas sin mengua de la espontaneidad, fuera del turno abogacil, y presentarlas cariñoso a las gentes siempre criticonas *bajo las galas de su buen de-*

Biblioteca de Galicia

cir y de su sofística habilidad *de ingenioso letrado.*

Sin vagar ni espacio para meditar la genial calaverada, *con cuasi coacción de la paternidad e ignorancia cercana a lo supino de mi potencia genésica, fué esta desmedrada criatura concebida y dada a luz dentro del ambiente de un salón de conferencias, que siempre produce distraimientos, sudores y apuros. Habiendo sido producto con apretujones en gestación llevado, tardiamente sale a la luz pública de las prensas, cuando si de dinero—¡y siempre la culpa la tienen los cuartos!—hubiéramos estado un tanto sobrados, por la calle andaría vagando y por la biblioteca del lector hace ya un año largo. Como no tengo sentimientos de padrastro ni de padre desnaturalizado, no quiero emparedar despiadadamente este amado engendro de mi cerebro dentro de la estrecha cárcel del cajón de mi escritorio. Obrando de tal guisa, complazco asimismo amables requerimientos de benévolos amigos míos.*

Que V. lo envuelva piadoso en las mantillas de su afecto, que bien de él precisado está, y que la crítica lo acoja como le venga en gana.

El Autor.

Biblioteca de Galicia

PRÓLOGO

—Mal padrino te has echado, amigo Ramón,—habrán de decir quienes, al levantar las tapas de este libro, tropiecen con la vista en estas cuartillas... Pero, el amigo Salgado Toimil lo ha querido, y «tú te lo quieres Padre Mostén...»

Es el caso, que allá por la Primavera del año 1918, se nos ocurrió organizar una exposición de pinturas, fotografías y caricaturas, en los salones del *Orfeón Gallego,* aprovechando la circunstancia de haberse reunido en Lugo varios amantes del Arte: Bonet, entonces teniente de Intendencia; José María Rodríguez, un joven pintor de Mondoñedo, pensionado por la Diputación de Lugo; López, el genial caricaturista que más tarde colaboró en la prensa madrileña; Gloria Corredoira, hermana del gran Xesús, influenciada por éste en el colorido, pero con un punto de vista propio para los asuntos de sus cuadros, y varios más... Le pedimos a Castro Gil algunos de sus trabajos, nos brindó Ramos Cadórniga una interesante colección de fotografías, y, por fin, el día de *Corpus* de aquel año, 1918, pudimos inaugurar la exposición... Hablo en primera persona porque entonces era yo presidente del *Orfeón Gallego,* como, por nunca bastante agradecida atención de mis amigos los orfeonistas, sigo siéndolo ahora.

Abiertos al público los salones de la casa, pensamos

Biblioteca de Galicia

en dar variedad a las sesiones de Arte que habían de celebrarse durante la semana, hasta la Octava de *Corpus*, día designado para la clausura de la exposición.

Ramón Salgado Toimil leyó en uno de aquellos días, la conferencia, de singular interés, que va en este libro. Una conferencia, lector amigo, que basta para dar patente de competencia en materia de Arte a quien es su autor, y que demuestra bien a las claras, como Ramón Salgado no deja pasar las horas sin alimentar su espíritu con buenas lecturas, de las que recoge oportunas y sabias enseñanzas.

No es difícil aparecer saturado de conocimientos entresacados de docenas de libros de maestros, dentro de cualquier orden de materias, cuando se da tiempo, a quien ha de trazar las cuartillas de recopilación, para revolver unas cuantas bibliotecas medianamente surtidas; pero, yo recuerdo que a Ramón Salgado Toimil no le dimos más de cuatro o cinco días para escribir su conferencia, y en ese tiempo no se pueden destinar muchas horas a bucear en las anaquelerías, si han de escribirse y pulirse unas cuantas páginas que merezcan la atención de un público culto, como la han merecido las que por excesiva amabilidad del autor tienen su atrio en estas líneas mías, al ser lanzadas en un libro a la pública consideración.

Salgado hizo esta conferencia con algo de lo mucho sabido y leído antes de tener el menor asomo de invitación para prepararla. No se trata, pues, de uno de tantos amigos del Arte que saben de sus libros y de sus críticas por haberse detenido alguna vez ante los escaparates de las librerías a ver las cubiertas de las últimas obras publicadas, o por haber pasado la vista en las bibliotecas por sobre los lomos de los libros.

Y sin embargo Ramón Salgado pasó casi inadvertido en su pueblo, y empezó a conocérsele cuando se alejó de las murallas de Lugo.

Ahora está de maestro en la villa de Foz, allí por don-

Biblioteca de Galicia

de se asoman al mar las tierras mindonienses para trazar una divisoria entre las playas de Vivero y Ribadeo que parecen desafiarse, mirándose a cada cual más bella, acariciadas por las plácidas olas y la brisa suave del Cantábrico.

Antes fué profesor en una escuela de fundación particular, entre Betanzos y el Ferrol, en esa cinta encantadora de lindos pueblecitos que viven arrullados por los cantos melancólicos de las mariñas brigantinas.

El azar lo ha querido. Si un rato descansan sus ojos del estudio, encuentran reposo en la contemplación de los más bellos rinconcitos gallegos, que las mariñas son lugares de solaz para el alma del artista, y tengo para mí que no solo son artistas los que saben dar cuerpo a una idea, que tanto lo son quienes admirando lo bello, dan a su alma el sosiego ansiado durante las horas de la fatigosa lucha por la vida.

Salgado Toimil es artista de la palabra; que no están lejanos los tiempos de su vida escolar en que arrebataba tras de sí con sus discursos a la masa estudiantil lucense. ¡Cómo vibraron sus labios para repeler la injuria hecha a los estudiantes por Rosario Acuña!

Es artista de la pluma, como lo han acreditado sus crónicas, llenas de amor a Galicia, describiendo correrías a través de los agros celtas.

Su hoja de estudios, rematada con unas oposiciones recientes en las que obtuvo la plaza de maestro de Foz, es limpia como pocas y brillante como las que más. Hasta en esto dejó asomar sus ribetes de artista; que alternaba sus horas de estudio con sus horas de «estudiantina», y no perdonó fiesta de mocedad, ni ocasión de asimilar nuevos conocimientos en una alternativa difícil por lo bien repartida.

No se presenta al público como autor de un libro, por primera vez. Ya ha publicado un *Capricho literario-apologético* con ocasión de la llegada a Lugo del Obispo Dr. Basulto.

Biblioteca de Galicia

Y seguramente que no habrá de ser esta obra que ahora vas a saborear, bondadoso lector, la última que dé a luz Salgado Toimil. Está empezando a encariñarse con este arte de hacer buenos libros, y, ahora que está fuera de su pueblo, empezamos también sus paisanos a hacerle la justicia de apreciar sus merecimientos. Causas serán estas dos de que Salgado Toimil no retrase la salida de otra obra suya... Bien, que mejor apadrinada...

Y vuelve lector la hoja, que tiempo es ya de que leas a Salgado. Te he detenido demasiado tiempo en el pórtico.

Antonio de Cora y Sabater.

Biblioteca de Galicia

Señoras, señores y hermanos míos:

Yos llamo hermanos, no solo con el espíritu de amor que a Francisco de Asís, el loco de las perfecciones evangélicas, hacía nombrar de tal guisa al lobo, a la piedra, a la naturaleza toda, sí que también por ser la niña de nuestros ojos y la señora de nuestros más caros pensamientos esta nuestra hidalga ciudad lucense, que, después de habernos regalado los primeros besos de la existencia, al abrirse nuestros párpados a la luz, fué luego el apacible paraíso donde batió sus juguetonas alas la candorosa paloma de nuestra inocencia y el luminoso Montiel donde, siempre tras la quimera columbrada en las azuladas lejanías del ensueño, corrimos las primeras andanzas y aventuras de la juventud en la dorada mañana de nuestras incipientes ilusiones y mariposeantes sueños de gloria.

Tras una breve ausencia de añoranzas íntimas y comprimidas nostalgias, en que el alma suspiró de soledades y cantó quejumbrosa la elegía ovídica del desterrado, llego de nuevo al encanto de tus evocadoras murallas, ciudad muy amada de mis eternas remembranzas,

Biblioteca de Galicia

donde cada piedra es para mí un ara santa y cada hombre un corazón francamente abierto a todas las efusiones de la amistad y del paisanaje. De tí hice siempre un culto y una lealtad allá, en aquel milagroso rincón de Marineda que se nombra la ría ferrolana y que, como una hermosa y dulce muchacha campesina, sentada a orillas del más bello mar del mundo, con los descalzos piés en el borde mismo donde la espuma de las gemebundas olas se los baña, los codos hincados en las rodillas y la cara entre las manos, mira todos los días, mientras las sirenas lanzan al infinito el himno triunfal del trabajo, como el sol se pone en las aguas inmensas del Cantábrico, concha de su riqueza y cuna y sepulcro de sus glorias. Peregrino que anduve errante sin haber roto jamás el sagrado vaso de la casa solariega creo tener derecho a tu benevolencia. Y sobrado necesitado de ella estoy esta tarde, en que, no a impulsos de la vanidad, sino a requerimientos insistentes de los organizadores de esta Exposición, constreñido por apremiantes premuras del tiempo, preséntome aquí candidato al ridículo natural y lógico, donde alguien, mejor preparado que yo, debiera haber comparecido para llevar a vuestro ánimo la enseñanza de alguna fuerte realidad artística o el desenvolvimiento de alguna de esas proposiciones trascendentales que cambian los linderos de la ciencia y revolucionan las verdades preestablecidas. Pero ¡qué le vamos ya a hacer! A veces corre el buen deseo más allá del alcance de las fuerzas, y adonde éstas no alcanzan, escapa la voluntad solicitada por un generoso llamamiento, por una finalidad concreta, dominadora, que, acallando timideces, pone en el espíritu la visión de un remordimiento presentido ante la creencia firmísima de que el silencio es la negación, en tanto que el concurso es la actividad, y de ella, por insignificante que sea, puede salir la génesis de la montaña que altiva eleve sus picachos en las altas regiones del

Biblioteca de Galicia

cielo. Caiga el sambenito de vuestro juício más o menos despiadado sobre las espaldas de los buenos amigos que, al fijarse en mí, hanme traído a este lugar, aún presintiendo quizás, como de mi mezquina actuación, ha de quedar profanado el atrio excelso de las grandezas estéticas.

Esta fiesta es una manifestación artística de nuestra juventud, un recuento de los valores que poseemos, un ensayo casi improvisado de lo mucho que se puede hacer, pero con más tiempo y mimbres en otra ocasión. Porque si creeis que es cosa fácil y hacedera reunír artistas, coleccionar cuadros, organizar conciertos, buscar conferenciantes, y dar realce a una exposición como esta, que yo me atreveré a calificar de exposición relámpago, os engañais de medio a medio. Precísase contar con toda la resolución y toda la entusiasta buena voluntad de mi culto amigo el presidente del *Gallego,* don Antonio de Cora, para luchar contra el ambiente hostil, contra la indiferencia, contra la falta de comprensión de los que más debieran ayudar y que, al rehusar el deber de hacer aquí patentes sus ideas y sus opiniones estéticas, cargaron todo el peso de esa misión sobre los que ni siquiera estamos seguros de haber tenido alguna vez opinión propia.

¿Por qué se me ha encomendado a mí la presente conferencia? ¿Para que los artistas concurrentes se rían de mí osadía con la misma razón que tuvo Anibal para reírse de aquel filósofo griego que venía a enseñarle el arte de la guerra? Si fué por esperar galas literarias y filigranas de concepto, mal hecho desde luego, porque, si bien heme acercado algunas veces al altar de la divina poesía, quemando, como un poseso, mi pequeño grano de incienso sobre el ara de la dulce hermana de nuestros sueños, hoy, por culpa de los malos hados, forzado estoy a vivir lejos de las altas regiones donde recréase ella en embriagar con el perfume de la ambro-

Biblioteca de Galicia

sía a los mimados, a los elegidos. Modesto forjador de almas en el yunque de la escuela, heme habituado a volar casi a ras de tierra para que puedan seguirme las tiernas inteligencias de mis pequeños, procurando no escapar más allá de la esfera que las fuerzas de mis alumnos alcanzan.

Si fué en cambio, atendiendo a que mi voluntad armada con la flecha del anhelo, alumbró, reveló y alentó, con el estímulo tenaz de las hojas diarias, los rápidos progresos de geniales artistas lucenses, que son hoy una realidad sustantiva y prócer dentro del catálogo de nuestros valores artísticos, entonces, señores,—y perdonad la inmodestia que a veces resulta una fuerza y un deber—nada tengo que reprochar a los que de mi se acordaron. Si igualmente obedeció mi designación al convencimiento de que, de la gama infinita en que la energía humana vibra y se manifiesta, son las bellas artes, y entre ellas la pintura, las que simpatías más fervientes han encontrado siempre dentro de mi vida interior, para la que han constituído manantial perenne de goces purísimos y refugio consolador y poderosísimo recurso terapéutico en las horas de decaimiento espiritual, razón sobrada han tenido los organizadores de este simpático concurso, porque, sin sombra de hiperbólica mentira, esme dable decir que, ante las gracias expléndidas de tan soberanas señoras, ríndese mi juício en devotos acatamientos y ha gustado siempre el alma de su más regalado descanso y de su delectación más honda.

Y antepuesto esto a guisa de proemio, y ocultando tras estas cuartillas la facultad emotiva de mis nervios y el rubor anacrónico de mis ojos, para que no se distraigan estos admirando tanta belleza como tienen delante, ingénuamente os declaro que ni tiempo he tenido para elegir asunto. Recordando la mesa revuelta de mis ajetreos periodísticos, cuando desde las cajas apuraban la improvisación de unas cuartillas, he de salir del paso,

Biblioteca de Galicia

cual Dios me dé a entender, largándoos cuatro vaciedades sobre el arte ante la metafísica tradicional y la libre estética, para hablaros luego, siquiera muy al vuelo, de la influencia del ambiente sobre la obra de arte, así como del expléndido alborear de nuestra pintura regional, de cuya cruzada son bravos luchadores los valiosos artistas que aquí han comparecido con una labor, noble y meritoria, que harto noble y meritorio es adelantar y perfeccionarse sin otros andadores que los del propio esfuerzo.

Biblioteca de Galicia

Biblioteca de Galicia

I

Hubo en la antigüedad un pueblo, hijo del divino aliento, como un ángel caído del cielo, en cuyos bosques sagrados habitaron los dioses para hacerlo su templo, la porción escogida en que puestas tenían todas sus complacencias. Sacaron estos del Iliso ondas oreantes para esparcirlas en aquel país bajo la forma de suaves céfiros, y coronándose de pámpanos y rosas, fecundaron aquella tierra con la semilla del amor para que en sus alas pudiesen los hombres remontarse, rotas las ataduras de lo terreno, a las regiones serenas del más puro idealismo. Allí, cerca del Pindo, del Helicón y del Parnaso sagrados brotó esa flor única e inmortal del humano genio: el misticismo estético, la doctrina de la hermosura en sí, levantada sobre toda cosa creada y perecedera.

Apartando la vista de lo fenomenal y limitado, buscando en región más alta el principio generador de la belleza, así en las obras de la naturaleza, como en las de arte, Platón, varón naturalmente estético, amado más que otro alguno por la Venus Urania y en quien toda idea y abstracción de la mente se adornó con los graciosos colores del mito, del amor y de la fantasía, en horas de contemplación sobrehumana fué el hierofante revelador de los misterios de la hermosura a los mortales.

Regresaba coronado de laureles el rapsoda Ion de los juegos de Epidanzo, cuando se topó con el maestro

Biblioteca de Galicia

Sócrates, quien quiso persuadirle que no era el arte quien guiaba al rapsoda, sinó cierta fuerza divina que le mueve, como el imán atrae los anillos de hierro. Así arrebata el divino furor a los poetas, a los artistas, quienes son admirables, no por el arte, sino por este instinto sagrado que los hace empaparse en la armonía y en el ritmo y salir de seso como las Bacantes, que se imaginan beber en los ríos leche y miel. Porque el poeta es cosa leve, alada y sagrada, que trae sus cantos de los huertos y de los vergeles de las musas, y no puede poetizar sino cuando está lleno del dios arrobador. Un dios saca de seso a los poetas, y los convierte en oráculos y adivinos suyos. No hemos, pues, de creer que hablan ellos, sinò que habla el dios por sus labios. He aquí la alta concepción que el helenismo clásico fecundado por el hábito de las musas, ha formado del artista. ¡Qué alteza de pensamientos! ¡Qué atisbos suprahumanos! El artista, místico iluminado, sacerdote de los dioses, por medio del cual llevan estos los ánimos de los hombres a donde les place.

¿No adivinais ya, a través de esta anécdota platónica, que la gran mentalidad de Menéndez Pelayo traduce y narra en su Historia de las Ideas Estéticas, lo que el divino filósofo pensaba sobre el concepto de la belleza? Volando su pensamiento por los espacios inmensos de un sobrehumano idealismo, argumentando heurísticamente por medio de hábiles procedimientos de exclusión y de reducción al absurdo, salpicados de ática ironía, llega el autor de los diálogos a esta vidente conclusión: la belleza es una idea o realidad ontológica, separada e independiente de las cosas bellas, y por cuya participación pueden llamarse bellas estas cosas, puesto que todas las cosas hermosas por la hermosura son hermosas; lo son por la esencia ideal que hay en ellas de la cual participan todas y cada una, esencia que, cuando os sea dado contemplarla, se os antojará más preciosa

Biblioteca de Galicia

que el oro y los vestidos recamados, y más que los hermosos adolescentes ante los cuales quédase el alma embebecida, y os quedariais sin comer ni beber por recrearos en su contemplación.

¿Qué maravilloso espectáculo como el de la belleza misma, simple, pura, íntegra, no revestida de humanas carnes o colores ni de ninguna otra apariencia mortal, sino bella en sí misma, uniforme y divina? Quién contemple la belleza cara a cara, con los ojos con que puede ser contemplada, no producirá ya imágenes de virtud y de hermosura, sino la virtud y la hermosura misma, porque ya no será dueño de un simulacro vano, sino de la cosa en sí.

Hasta aquí el sublime pensador. ¡Oh manes inmortales de Platón, jamás lengua humana acertó a decir nada más bello que este ditirambo en loor de la eterna belleza; tu doctrina levántase como una pirámide eterna, que ve pasar y deshacerse en el polvo del desierto la turbamulta de los incapaces, de los bohemizantes de todas las épocas, detritus del romanticismo melenudo, de los borrachos de positivismo, que, no penetrando más allá de la corteza exterior de las cosas, cultivan el arcaico convencionalismo de tronar contra los convencionalismos, siendo ellos convencionales hasta el tuétano; ella ha sido venero inagotable de luminosos conceptos para todos los teósofos y místicos posteriores, cantera hondamente ideológica cuyas profundidades fueron luego bañadas por la luz sobrenatural de la Teología cristiana, que, al afirmar los prenuncios de toda belleza en la idea suprema y primogénita de todas las cosas que Dios tiene en su mente y que *ab aeterno* está copiando como figura de su divina esencia, nos presenta al omnipotente Hacedor como un pintor excelso, cuyo verbo fué dibujo de sus obras, estampando en ellas alguna semejanza de sus perfecciones, singularmente en las espirituales sustancias, donde imprimió con su mágico pincel la imagen de su ser y naturaleza intelectual.

Biblioteca de Galicia

Biblioteca de Galicia

II

Si penetramos con el escalpelo de la crítica en las profundidades de la teoría platoniana, y habida cuenta de otros pasajes de sus áureas obras para mejor interpretar el pensamiento del más sobrehumano de los filósofos, adivínase que, a fuerza de encumbrar el arte a la región de las abstracciones metafísicas, acaba por petrificarle en una inmovilidad hierática, condenando eternamente al artista a la repetición servil de las mismas formas y motivos y cerrándole para siempre el campo de la vida, de la genialidad y de la libertad individual, que es el verdadero mundo del arte. Al convertir al artista en instrumento y spiráculo del dios, sin ciencia ni voluntad propia, poseído del divino furor y entusiasmo, no de otro modo que la pitonisa que pronuncia o declara los sagrados arcanos, parece proclamar la teoria de la inconsciencia artística, tan contraria a los principios de la psicología empírica y fácilmente incubadora de funestos frutos para el ancho campo de la iniciativa y libertad humanas.

Sin embargo, errado sería admitir como buena, íntegramente, tal deducción. Cierto que en sus disquisiciones llega a aconsejar que *el artista se someta, como en Egipto, a modelos ideales, que no le sea permitido modificar*; pero su filosofía del amor, inseparable en su mente del concepto del arte, del amor que busca la belleza que no tiene, tendiendo a *engendrarla o producirla en lo bello*, así como sus enseñanzas pedagógicas, altamente

Biblioteca de Galicia

expuestas en la ciudad perfecta e ideal de su *República*, mitigan las extremosidades de otras rígidas y encastilladas conclusioues suyas.

Si, las filosóficas concepciones del gran precursor de la Escolástica no se oponen a los principios de la libre estética, que, sin olvidar el valor universal de una consistencia científica, no encierra al artista en regiones aéreas y luminosas como la exclusiva consideración de lo bello ontológico, antes bien desciende satisfecha de las alturas donde moran las ideas puras y, sin despojar al hombre de su libertad fecunda y de su personalidad creadora, ensancha el campo de la estética a través de la variadísima riqueza de las formas y de las sugestiones en que se va plasmando cada parto artístico en el curso de los tiempos.

¿No adivinais en el furor divino, con que Platón inflama el alma del artista, esa soberana luz interior que nosotros, en nuestro decir de hoy, denominamos genio, talento, gusto estético, inspiración? Cómo están impresas *ab initio* en nuestros ánimos las semillas de la virtud, de la cual aún los pueblos bárbaros llegan a contemplar alguna imagen, así ingénita llevamos viva y siempre encendida, dentro del misterio de nuestra alma, cierta lumbre espiritual que nos permite descubrir, sentir, admirar y crear, las manifestaciones de la belleza increada, explendentes en orden, número y armonía.

El divino pensador de los tiempos paganos, al encastillarse en sus modelos ideales y en sus principios generalísimos lo hizo, no a manera de dogmatizante pedantesco, sino reconociendo que no puede crearse ninguna obra propiamente artística por mera espontaneidad, con ausencia de talento y de toda reflexión. Los cánones estéticos no son cosa relativa y transitoria, mudable de siglo a siglo, aunque en los accidentes sean susceptibles de evolución, sino que, en lo que tienen de verdadero, apóyanse en fundamentos matemáticos, metafísicamente inquebrantables.

Biblioteca de Galicia

Por olvido y desdén de esta clásica verdad, los artistas aventureros, faltos de ideal, abandónanse a un empirismo rutinario, y caen en el amaneramiento o en el industrialismo, o envilecen su arte en asuntos triviales, o se entregan a una facilidad enfermiza, o forjan un mundo absurdo, volviendo las espaldas a la naturaleza.

El clasicismo no niega al hombre todas las determinaciones de su espíritu, con tal que sean naturales. Por más que los preceptos sean de algún auxilio, múltiple e inmensa es la obra del arte: todos los días encuéntrase algo nuevo que descubrir en su océano infinito, sin que jamás se agote cuanto en él hay. El arte, grande y verdadero, se alimenta, como la llama, de la materia, y se excita y brilla y resplandece con el movimiento, que es libertad bien entendida y aplicada.

Las llamadas reglas del arte no son plebiscitos. En la producción artística caben mil formas distintas. Nadie tachará, por ser torcida, la admirable torre de Pisa, y si alguien se atreviera a censurar al arquitecto, por no haber preferido la posición recta, mostraría con esto solo ser enteramente ajeno a la inteligencia de la ciencia arquitectóinca, en la que es digna de singular alabanza aquella novedad.

El apartarse algo de lo que parece recto, de lo que está impuesto por los preceptos, es ya ciertamente ingenio no pequeño. Presenta la mayor parte de los pintores el rostro descubierto; Apeles veló en parte la imagen de Antígono, pintándole de perfil, para que no se conociera la deformidad del ojo que había perdido, como Timantes veló la cabeza de Menalao para expresar su inmenso dolor, agotados ya todos los recursos de expresión afectiva.

¿Qué sería del tesoro artístico de la humanidad si a los grandes artífices se les hubiese despojado de su personalidad, que es síntesis del genio, o hubiesen corrido desmandados, sin orden ni armonía, por los campos de sus concepciones?

Biblioteca de Galicia

Biblioteca de Galicia

III

Y tanto las consideraciones precedentes no son desatinadas, que cinco causas enumera Platón como determinantes de la aparición del hecho artístico: la materia que recibe el artificio; el artífice que trabaja la materia; la forma a ésta impresa; el fin o propósito que mueve al artista a trabajar, y la idea, ejemplar o arquetipo, conforme al cual realiza aquél lo que inflama su mente.

Dejando a un lado la materia, el fin y la forma, paremos un momento mientes en el valor y alcance de las otras dos.

¿Podía ocultarse a la escrutadora mentalidad del filósofo griego que el artífice es hijo del medio en que vive y se desenvuelve, no un ser aislado, sin educación y sin el influjo del mundo que le rodea? ¿Podía desconocer que en la concepción artística hay siempre una idea estética, de la cual el artífice se da cuenta o no, pero que impera y rige de un modo eficaz y realísimo, y cuyo fundamento y raíz no sólo está en el arranque espontáneo y en la intuición soberana del artista, sino en el ambiente intelectual que respira, en las ideas de cuya savia vive y en el influjo del clima y del suelo? El, tan sutil penetrador de las esencias inmutables de las cosas, ¿podía mostrar yerro respecto de la naturaleza, espiritual y libre, del hombre creador?

Todo este conjunto de hechos y fenómenos, que fecundan y explican la obra del arte, quiero yo englobarlos aquí bajo la denominación genérica de *ambiente* o

Biblioteca de Galicia

medio, para hacer a zarpazos, rápidamente, su análisis.

Depende la obra del artista de la escuela a que está afiliado. ¿No parece Rubens un personaje único, un aerolito llegado del cielo, sin precursores ni sucesor alguno? Pues id a Bélgica, y visitad las iglesias de Gante, de Brujas y de Bruselas, esas joyas arquitectónicas hoy maltratadas por la barbarie de Marte, y observaréis todo un grupo de pintores Crayer, Van Dyck, Adam Van y otros más, todos los cuales han concebido la pintura con el mismo espíritu que a Rubens llevó a pintar la carne floreciente y sana, la temblorosa palpitación de la vida, la pulpa sanguínea y sensible.

Y sobre este cónclave de artistas, ligados por espirituales afinidades, flota asímismo el estado general del espíritu y de las costumbres de su tiempo, modificando sus aptitudes y sus tendencias.

Si consideramos la gran época española, que se extiende desde el siglo XVI hasta la mitad del XVII, la de los grandes pintores Velázquez, Murillo, Zurbarán, Alonso Cano y Morales; la de los grandes poetas, Lope de Vega, Calderón, Cervantes y Tirso de Molina; la época en que nuestra patria vencía a los turcos en Lepanto, ponía el pie sobre el Africa, combatía a los protestantes en Alemania, los perseguía en Francia, y prodigaba con tal profusión el oro y la plata y la sangre preciosa de sus hijos, que, siglo y medio más tarde, cayó extenuada, pero siempre dignamente altiva, bajo los pies de Europa, no es de extrañar que, en aquella monarquía de sentimientos caballerescos, de intolerancias y de exaltaciones patrióticas, los poetas más célebres se alistasen bajo las banderas milicianas como soldados aventureros, y se hiciesen duelistas y sacerdotes, místicos y apasionados tenorios, dándonos así un ejemplo, tantas veces confirmado por la experiencia, para formular la ley histórica de la alianza y armonía íntimas que se establece entre el artista y sus contemporáneos.

Biblioteca de Galicia

Por esto en la historia del Arte se observa el fenómeno que las artes desaparecen y desaparecen al mismo tiempo que ciertos estados del espíritu y de las costumbres a los cuales están ligadas. Lo mismo que hay una temperatura física, que por sus variaciones determina la aparición de tal o cual especie botánica, lo mismo hay una temperatura moral que por sus variaciones determina la aparición de una especie determinada de arte, la escultura pagana o la pintura realista, la arquitectura mística o la literatura clásica, la música voluptuosa o la poesía idealista.

Las producciones del espíritu humano, como las de la naturaleza viviente, no se explican sino por el medio. En éste juegan gran parte la raza y la influencia del clima y del suelo: la raza que es la semilla donde se contiene la herencia psicológica de los pueblos con sus cualidades fundamentales e indelebles, tales como persisten a través de todas las circunstancias y en todas las latitudes; y el suelo y el clima, que, constituyendo la habitación del hombre, ponen por encima de su carácter innato un carácter adquirido.

¡La raza! ¡Cómo hace del arte original y genuína floración, profundamente y desde lejos preparada por una elaboración de la savia secular, conforme a la estructura primitivamente adquirida!

Así las literaturas de los pueblos germánicos poco sensuales, disciplinados y reflexivos, vírgenes cual las selvas del Setentrión han gustado siempre de entregarse al sér íntimo de las cosas, a la verdad misma, a levantar los velos y percibir lo oculto, a la representación cruda y completa de la vida real sin afectaciones ni formas vanas, mientras que los pueblos latinos, de gusto más vivo, de sensibilidad más rica, complácense en recrearse en los refinamientos de la forma depurada y bella, bordando primores de clásica factura helénica, y desplegando toda su flexibidad, todos los tesoros de su graciosa y elegante fantasía.

Biblioteca de Galicia

Pero la raza transfórmase y modifícase bajo las persistentes influencias del clima y del suelo. Sembrad varias simientes de la misma especie vegetal en unos suelos y bajo unas temperaturas diferentes; dejadlas germinar, crecer, fructificar, reproducirse indefinidamente cada una en su terreno, y, por la ley de la adaptación, tendréis distintas variedades de la misma especie, con diferencias más marcadas cuanto más fuertes sean los contrastes de los diferentes climas.

Echad una mirada sobre un mapa de la península ibérica; observad el suelo y el cielo. Galicia es una dulce y melancólica rapaza, que, bajo las brumas de un cielo ensoñador, se mira en los regatos saltarines y se baña con los frescores del Miño, a la sombra de los pinares y carballeiras. Bajo la humedad del clima y rodeada de praderas de eterno verdor, que, en vez de agotar el suelo lo renuevan, el alma galiciana no sabe de las explosiones rebeldes ni de los ardores de la pasión. Viviendo en un país geórgico, de serenidad pastoril, donde las montañas adórnanse con encajes de nieblas y son azules las lejanías y los contornos se ablandan esfumados por la gasa húmeda de la neblina, las obras de nuestros pintores son trasunto veraz del agro celta, pedazos de égloga, donde se asoma, ensombrecida y llena de misterio, esta tierra próvida, en que los atardeceres son sinfonía de atracción bucólica y los valles duermen envueltos en las blancas muselinas de las brumas y del humo de los caseríos aldeanos. Paisajes de almas labriegas y almas de paisajes aldeanos son los asuntos que traslada la mayoría de nuestros pintores a sus óleos y a sus acuarelas. En sus pinceles va triunfando el encanto melancólico, el suave esplendor, la blandura de la campiña gallega, con su difícil media luz, con su amable y serena armonía.

Y observad ahora el contraste. Ojead la parte del solar ibérico que baña el último término del mar Atlante hacia el Estrecho y la que mira al Mediterráneo: ¡¡qué

Biblioteca de Galicia

diferencia entre la pintura gallega, donde sobriamente se retrata la gama infinita de nuestros campos, la majestad agreste de nuestras montañas, la blandura de nuestras rías de ensueño, y las policromías, ya rayanas en el hastío, de la escuela meridional, de las tierras borrachas de sol, que hasta ha bien poco sandiamente quisieron vincularse la pintura como un patrimonio! ¡Cómo si no fuera tan ridículo asignar territorio exclusivo al genio como establecer dogmáticamente el desheredamiento artístico de una región no conocida ni estudiada!

Biblioteca de Galicia

Biblioteca de Galicia

IV

El influjo del ambiente fué el que en Galicia, aunque parezca paradójico, determinó la estática y la dinámica del movimiento pictórico.

Efectivamente, hemos asentado ya que hay una temperatura moral, que es el estado general de las costumbres y de los espíritus y que obra de la misma manera que la otra. Como dice Taine, la naturaleza es siempre sembradora de hombres, que sacando siempre con la misma mano de ia misma alforja, esparce poco más o menos la misma cantidad y la misma calidad, la misma proporción de granos en todos los terrenos y en todas las edades. Pero en todos esos puñados de simiente que arroja amojonando el tiempo y el espacio, no germinan todos los granos. Es necesario cierto grado de temperatura moral para que se desarrollen ciertos talentos, ciertas aptitudes; si ésta falta, abortan. De donde cambiando la temperatura, la especie de los talentos cambiará; si se convierte en contraria, en contraria se convertirá.

En virtud de esta ley, es por lo que véis en ciertos tiempos y en ciertos países desarrollarse en las escuelas tan pronto el sentimiento de lo ideal, como el de lo real, el del dibujo, como el del color. Hay una dirección reinante, que es la del siglo; los talentos que quisieran crecer en otro sentido, encuentran cerrada la salida; la presión del espíritu público y de las costumbres cercanas los comprime o los desvía.

Biblioteca de Galicia

Ahora bien. ¿Cómo no había de dormir Galicia en la brujería de los castros legendarios y en el misterio de las corredoiras aldeanas, sin ver pasar por su vera grandes pintores que acertasen a entender la luz tamizada de sus cielos, si esta meiga tierra de los ensoñadores celajes gemía en la esclavitud, sin haber tenido aun la gallardía de sacudir sus entrañas irredentas para afirmar la tesis de su personalidad regional? No habiendo todavia por las montañas de Suevia sonado el himno de liberación, el himno del inalienable derecho a la vida que tienen todas las nacionalidades naturales, ¿cómo no había de pasarse la vieja abuela contando los siglos en la dorada rueca de sus tradiciones y romances, sin que ante el alcázar de sus encantamientos se hubiese acercado pintor alguno de positiva valía, capaz de trasladar al lienzo el panorama de la verdadera Galicia, la Galicia de las mozas garridas y de los mozos varudos, la de los viejos petrucios de faz ladina y de los abades de aldea, la visión de esta tierra de las romerías rumbosas y de las ferias pintorescas, que, como un trovador medioeval, recorre, con su zanfoña o su viola bajo el brazo, el ciego chocarrero, desgranando la picaresca sonata de sus maliciosos romances? Solo la libertad de la tierra puede traer la libertad de los hombres, porque solo la libertad es luz y armonía, cristal musical y movimiento y vida.

Quizás, como bellamente observa Alejandro Barreiro en su galana obra *Del Arte Gallego*, la hermosura de la tierra cegó y deslumbró de tal guisa al hombre que éste solamente tuvo corazón para sentirla, estimándose muy pequeño para hacerla surgir de los colores de la paleta. Quizás asimismo la floración de la pintura regional hízose tardía porque, como está en el solar galaico la roca primitiva enterrada bajo tierras de acarreo y desgaste, de la misma suerte pudo estarlo su roca espiritual bajo leyes, costumbres y maneras de acarreo y desgaste también.

Biblioteca de Galicia

Mas, sea de ello lo que fuere, obsérvese el fenómeno: el alborear de la pintura gallega coincide con el renacimiento literario en la novela, en el teatro, en la crónica, en las investigaciones históricas, y con el despertar de las conciencias fuertemente conmovidas por una santa inquietud regionalista que repercute y llega al corazón de los políticos, de los escritores, de los poetas y de los artistas, como preludio de una alborada triunfal. Fuera de alguna vieja tabla que, sin más escuela que la divina chispa del alma, valoró con líneas y colores algún artista de cogulla y cuyos nombres perdiéronse con sus obras, y haciendo asímismo caso omiso de la desconocida labor en el taller de Velázquez realizada por los aprendices gallegos Tomás Aguiar y Antonio Puga, el movimiento pictórico en Galicia arranca—a flor de mirada histórica—de Bouzas, Francisco Figueroa, Ferro y Villamil; sigue en gradación ascendente con Souto, Serafín Avendaño y Román Navarro, y hoy pinta Castelao, jocundo e irónico, con su lápiz escéptico, las socarronas escenas de la vida rural, y son ya Sotomayor y Llorens viejos patriarcas que enseñan a los iniciados el misterio de los campos y de los mares: de los campos donde el olor de las colmenas reune al deleite de la miel el misticismo del cirio y arrancan del terruño la patata labriegos y labriegas de duras piernas desnudas y jayanes sudorosos dejan caer el mallo sobre la extendida miés; de los mares, donde los pescadores, negruzcos de cuello y cara, pero blancos de espalda y pecho, al rumor de la eterna barcarola del mar, recogen sustento de vida para los hombres en sus redes rellenas de vidas expirantes que chispean al sol, palpitantes de agonía; campos donde las cosas se sumergen y anegan, hechas papilla, entre el lento gorgotear del agua, en un vagoroso esplin; mares que son yodo, sal, fósforo, vitalidad en la respiración, y también nostalgia, melancolía de los playales y de las costas, cuyos repliegues lamen y rebuscan como

Biblioteca de Galicia

terco sátiro enamorado. ¡Cómo no había de ser Galicia tierra de pintores si sus hermanas en clima y etnografía, las islas brumosas del Canal de la Mancha, han sido en la historia del Arte la cuna del realismo pictórico!

Y en este brillante surgimiento del Arte que alumbra con las lumbres de la eterna belleza las reivindicaciones de nuestro regionalismo político, ocupan puesto de honor, a la vanguardia de esta bella cruzada, cuatro mozos vigorosos, que aquí, en estos agros lucenses, donde el arte se siente como un río fresco, como un baño de geórgica dulzura, abrieron sus ojos a la luz de los cielos. Comprenderéis que me refiero a Corredoira, Castro Gil, Bujados y Rodríguez.

Y como de artistas lucenses se trata, y como yo he gustado siempre de la verdad desnuda, monda y lironda, habréis de disculparme que yo repita aquí una historia que, por desgracia, se reproduce, porque raro es el pueblo, cuya psicología sea el soportar que uno de sus ingenios le venga impuesto de fuera.

En sus primeras épocas, a Corredoira y Gil, mientras sus nombres y sus obras iban cobrando prestigio y fama fuera del murallado recinto de su ciudad natal, en Lugo no se los comprendía y se les achicaba!

Si los dioses no tejiesen la tela de su existir, impulsando con sus manos invisibles su quimérico caminar, en el alma de los no comprendidos hubiese mordido la desesperanza y el desaliento. No se me oculta que toda celebridad, en cualquier orden que sea, formada y robustecida fuera de su propia patria,—aún no habiendo salido el sujeto de ella—es mirada con cierta desconfianza y mal reprimida mala voluntad por sus paisanos, los cuales parecen decirse: ¡y que ahora nos resulte una eminencia este hombre a quien estamos viendo y oyendo hace tanto tiempo sin haber sospechado semejante cosa!

¿Sabéis como amarga, y flagela, y abate el desdén, la

Biblioteca de Galicia

incomprensión, la falta de calor de los nuestros, de los que con nosotros más largamente convivieron, de los que debieran leer en nuestro espíritu como el mejor lector? Sólo el aliento de la quimera que engendra la fuerza para batallar y la fe para seguir adelante, creando los geniales Quijotes del ideal, pudo sostener sin flaquezas el espíritu aristocrático de Gil y Corredoira, hasta que ganaron su puesto al sol de la gloria. Las pequeñeces mundanales no pueden hacer mella en el ánimo de los eternos soñadores, para quienes el sueño y la vela pierden sus linderos, derritiéndose uno en otro: la vida se convierte en sueño y el sueño en vida.

Corredoira llevó a Madrid un sello nuevo, capaz de inquietar a la crítica. Como Ary Scheffer en la escuela romántica francesa, es en nuestra patria el pintor espiritualista y metafísico por excelencia, contrariando abiertamente las tendencias archi-materialistas y la idolatría del color a que casi todos los otros se entregaban. En renovar los procedimientos del Greco cifró su orgullo de aristocrático abolengo con intolerante exclusivismo e intransigente rebeldía. Si la bohemia es, como afirma Carrere, una forma espiritual de aristocracia, de inadaptación, de protesta contra lo estatuído, Jesús Corredoira es un bohemio gentil, un eterno inadaptable.

Los canes de la crítica mordieron furiosos su cuerpo acusándole de no poner en sus figuras ni músculos ni sangre ni vida ni relieve. Se dijo dél que abusaba del simbolismo vago y nebuloso; que era un loco bohemizante, afanoso de singularidad ganada a costa de visiones desequilibradas y pinceladas extravagantes. Se le llamó un torturado de la Quimera, espíritu endemoniado, alma enfermiza... Se le negó el agua y la sal... más él, llevando en el corazón el pájaro azul de la divina locura, siguió incorregible el camino de su destino, despectivamente encastillado en su suprema aristocracia, y, «prefiriendo vivir como un leproso de todos abandonado

Biblioteca de Galicia

y zaherido»,—son palabras suyas que de sus labios románticos tuve ocasión de oir hace años—antes de hacer renunciamientos ni abdicaciones dentro de su credo estético, fué produciendo cuadros de sutil espiritualidad, donde las líneas se alargan y desvanecen como sombras de crepúsculo, cuadros cuyas figuras descarnadas antójanse evocaciones de ultratumba, no de otra manera que si el artista, a través del aspecto superficial y exterior de las cosas, entrase dentro del alma que las anima y manifiesta a todas. Y hoy, que se ha impuesto y triunfado en toda la línea, que ha sido solemnemente consagrado con una segunda medalla en exposición nacional, que es de las firmas más altamente cotizables en el mercado artístico, ya nadie le discute ni le niega el fuego sagrado que arde en su lámpara interior.

Parodiando al vate lusitano Teixeira de Pascoaes, pudiéramos dél decir que es un corazón que busca la noche cuando todo es alma y el cielo recuerda el cuerpo de Cristo ensangrentado y los montes son Calvarios, donde los árboles, orballados de luz, piadosamente enjugan a las estrellas, de donde mana sangre de vida y dolor en un anhelo de perder toda materialidad grosera y asidera.

De Castro Gil, el artista de las exaltaciones románticas y de las exquisiteces de la técnica, ¿qué decir yo que vosotros no sepais? En mis andanzas campesinas, a través de los agros celtas, hame acompañado varias veces con sus pinceles, ayudándome a rezar el rosario de los arrobados éxtasis contemplativos en la catedral de la naturaleza. Le visteis nacer, luchar más tarde afanoso soñando con la gloria, lejos del murallado recinto de esta su ciudad lucense, y coronarse luego de laureles y de rosas en la Escuela de Bellas Artes y en distintos certámenes artísticos. Artista laborioso y concienzudo, naturalista resuelto, pero de la naturaleza bella y noble, lentamente, con una seguridad y una confianza en sí

Biblioteca de Galicia

mismo que muy pocos poseen, ha ido domando su arte, y lo ha llevado vigorosamente a la ligereza de la mano experta, a la afluencia del toque discreto, a la justeza rápida de la entonación, a los matices deliciosos, a las medias tintas de una armonía suave, comparable a la de los celajes cuando amanece, claridad ligeramente velada de niebla perlina.

Su amor al aire libre, a los cielos y a los campos pintados con riqueza de recursos, pone en sus cuadros la sensación blanda y fina del natural idealizado. Le seduce la conquista de la luz y de la naturaleza, gustando tanto de las delicadezas apagadas y confidenciales de las sombras, como de las magnificencias opulentas de la luz. Posee el difícil don de acertar con el colorido oportuno, tanto en los recatos de la penumbra, como en las brillanteces de las luminosidades expléndidas. Por eso en sus aguas-fuertes, cuyos trazos seguros y enérgicos parecen acusar un espontáneo parentesco con Braguyn, el celebrado acuafertista británico, obtiene él tan soberbios y geniales efectos. Es el agua-fuerte género muy castizo de esta nuestra tierra hispana. Goya, el prodigioso autor de los frescos de San Antonio de la Florida, el que con valentía insuperable supo inmortalizar la España del toreo, de las majas y chisperos, dejó en el agua-fuerte atrevidas creaciones, donde plasmó su espíritu realista, sus picardías quevedescas, su sátira de trascendente psicología social. Y la rica herencia legada por el admirado maestro es hoy enriquecida por Baroja, el estupendo acuafertista de un modernismo innovador, por Oroz, el devoto admirador de Zoor, por Labrada, el gran estampador, y por Castro Gil. No es afirmación exageradamente arbitraria. Este modesto rapaz, que, cuando viene a reposar unos días al seno del terruño, cansado de ver a la humanidad deformada y ridícula, complácese en buscar el campo y contemplar los cielos y las cumbres lejanas, como un consuelo pleno de

Biblioteca de Galicia

dulzura y de bienestar, está ya hoy catalogado como uno de los mejores acuafertistas de nuestra patria. ¿Quién no conoce sus grabados de líneas gallardas, virilmente sobrias, publicados en *La Esfera*, *Ilustración Española y Americana*, *Nuevo Mundo*, *Renovación*, *Vida Gallega* y otras.

Galicia, dentro de la mimosidad de sus campos dulces, es fortaleza, gallardía, majestad. Es la tierra de los fuertes contrastes naturales, de las montañas robustas, de los pazos señoriles, de las leyendas religiosas, de los caseríos misérrimos, de las visiones espeluznantes de duendes, trasnos y meigas. El agua-fuerte tiene en ella venero inagotable. Por eso Castro Gil, que ama y siente el terruño galaico, que, al contemplar sus bellezas, entorna los párpados para que el misterio del solar querido se adentre en el corazón, posee condiciones sobradas para dar, cual ninguno, con amor de enamorado, la fuerte y verdadera sensación del alma de la raza (1).

De Bujados, el soberbio dibujante vivariense, cuya fama es más pregonada fuera de su provincia que dentro de ella, ¿qué mayor elogio hacer que supere al hecho de ser el artista preferido por el crítico sutil José Francés para hacer las portadas de sus magníficas obras literarias? En la exposición nacional ha dos años celebrada, la crítica independiente, que desdeña de pertenecer al Sanedrín de los dogmatizantes, oficialmente monopolizadores de la facultad de otorgar patentes de consa-

---

Por los repetidos y brillantes trofeos en la *Academia de Bellas Artes* a pulso conquistados año tras año—orlan su hoja de estudios medallas de oro y diplomas de honor a porrillo—ha sido recientemente elegido para visitar y estudiar, pensionado por el Estado, con motivo de la *Semana Española* en París celebrada, las grandes obras de arte que el genio exquisito de la Francia ha creado, como testimonio perenne de su espíritu excelsamente humano y bellamente creador. Desde Reims nos envió una gráfica postal, afectuoso mensaje a la amistad y a la tierra gallega, en la que cordialmente nos saludaba —son palabras suyas—*con el alma hondamente dolorida ante la trágica visión de tanta maravilla en ruinas por la obra bárbara del militarismo germánico.*

Biblioteca de Galicia

gración, declaróse unánimemente a su favor, fustigando la preterición que de sus dibujos, tan personalmente originales, se hizo entonces. A la edad en que la marea de la vida sube, y es calor en las venas e intrepidez en el corazón, escaló las cumbres del mérito positivo, creando con la miel de su genio una técnica tan suya, unos procedimientos tan únicos, que bien puede llamarse creador de un arte nuevo dentro de las artes del dibujo.

José M.ª Rodríguez aparece ya ante nosotros reputado como un pintor de sustantiva valía. No sabemos como se formó ni como pudo encontrar el camino de su talento natural. Le suponemos en sus primeros años, allá, en la vetusta ciudad mindoniense, de rancio historial artístico, preparando el nido a la golondrina que había de portarle pronto el laurel de la victoria, ganoso de vencer y de llegar, de afrontar sereno el porvenir.

Y a fe que es cosa peregrina ver acusar gallardamente su personalidad al simpático pensionado de la Diputación lucense, como una esperanza robusta, que sin duda ha de dar frutos sazonados.

Hay en sus cuadros franca espontaneidad y una sincera visión del natural. ¿Habéis admirado el colorido sobrio y lo bien estudiado de la expresión de esa su obra maestra, *tipo segoviano,* que aquí presenta y en cuya piel setentona se encuentra el mismo verde amarillo, la misma sombra calcinada de los ascetas de Ribera?

Decididamente vale el rapaz. ¿Quién sabe do podrá llegar con el estudio, con el trabajo constante?

Biblioteca de Galicia

Biblioteca de Galicia

Permitid que sean mis últimas palabras para el bravo *Orfeón Gallego* dentro del cual he estado siempre con todos los entusiasmos de mi corazón, celebrando sus triunfos y recreándome en sus glorias, y que, como un rapsoda homérico a quien nunca desampararon los dioses, jamás tuvo que rendir sus estandartes en sus ya largas y ruidosas lides, conservando aumentada y sin mácula la rica herencia de su inspirado fundador. El ha sido el organizador de esta fiesta cultural, demostrando así como en su credo estético cabe el culto ferviente a todas las manifestaciones del arte.

Y sea asimismo mi sincera ofrenda de admiración y simpatía para el puñado de beneméritos luchadores, que, con las sienes acariciadas por la dulce calentura de la esperanza, amando las cumbres y despreciando los llanos, sin temor a los reparos de las personas prudentes que, desde la charca inmunda, calificaron de *locura* esta exposición aún antes de haber nacido, han aportado a ella el más loable testimonio de presencia, no obstante sorprenderlos el proyecto un poco desprevenidos para presentar obras de la importancia que ellos quisieran.

Modestamente, con un desinterés que les honra mucho, rebuscaron en su haber artístico algunos de sus mejores trabajos, remozaron o ultimaron otros que tenían en sus estudios, y al concurso los trajeron como testimonio de adhesión fervorosa.

Aparte de Castro Gil y Rodriguez, de quienes por derecho de prelación os hablé antes, figuran entre los expositores muy discretos aficionados, que, para satisfac-

Biblioteca de Galicia

ción y regalo de su espíritu, gustan de solazar sus ratos de ocio en el amable virtuosísimo de la paleta, y algunos artistas de juventud briosa, que hacen sus primeras armas con una espontaneidad y valentía que permiten concebir un mañana, quizás no muy remoto, en que, a golpe de perseverancia, llegarán a triunfar sin duda.

De ellos solamente me ocuparé de Gloria Corredoira, de López y Regueiro, de Bonet y Enrique Guerra. Perdonen los demás sí, en gracia a la falta material de tiempo, renuncio a tributarles las justas loas que indudablemente se merecen.

Gloria Corredoira, hermana del beato Angélico Corredoira, que un día se reveló hijo de un murciélago, entroncado con las brujas del aquelarre, ha presentado cinco trabajos en que campean libertad pintoresca y una plausible independencia espiritual. Si una delicada mano de mujer es ya de suyo maravilla de belleza, cuando con el pincel logra crearla, es mano de diosa helénica. Es muy de apreciar el encanto sanamente melancólico que, apaciblemente, cual soñadora rapaza de nuestros valles, acierta a diluir en sus cuadros.

De Manolo López y Marcelo Regueiro ¿qué decir? Al paso de la vida hanse adornado de cascabeles, y, vistiendo de arlequín su corazón, para que los demás se diviertan, han hecho florecer en sus lápices la sátira sutil, galantemente social e ingeniosa, que, como una moza regocijada y burlona, danza pícaramente ante nuestros ojos, sorprendiendo el rasgo característico la actitud precisa de la persona a quien han obsequiado con sus atisbos psicológicos. En honor a la verdad confesaremos—sin que mi juicio traspase los linderos de una apreciación personalísima que nada resta al mérito, no puesto en duda, de Marcelo Regueiro—que López, dentro de su acertadísimo sabor local, es más jocundo, más espiritualmente intencionado, más rebosante de socarronería, más zumbón. Improvisador de rica vena, regoci-

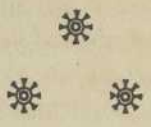
Biblioteca de Galicia

janse sus lápices valientes pintando lo ridículo, constituyendo una esperanza digna de estímulo y de empujamiento.

Bonet Peñalver es un aficionado exquisito, de ejecución hábilmente esmerada, que expone trabajos muy discretos y apreciables. Por delicado sport, para amable delectación del espíritu, no deja él de la mano los pinceles, que maneja elegantemente, sin efectismos.

De Enrique Guerra, el fotógrafo de los refinamentos artísticos, que en la arcaica Compostela tiene siempre puesto el corazón en las cosas de Lugo y en sus hombres, era de esperar su bien entendido alarde de *enxebre* y recio regionalismo. Como corpulento es su cuerpo, así es de grande y soñadora su alma. Es gallego por esencia y por potencia y antes que, fotógrafo mecánicamente operador, préciase de ser artista de corazón encendido en el más depurado de los gustos.

Biblioteca de Galicia



¡Hijos de los dioses que, escrutando inaccesibles horizontes, alucinados por la llama de la lámpara interior, soñáis sueños de aurora, de luz, de armonía, paraísos en las nubes y dichas remotas, en que se ensancha el espíritu y alcanza lo que nunca ofrece lo limitado del vivir terrenal, seguid derramando en las almas las eternas locuras, flores más anchas, hálitos de quimera! Proseguid luchando por la belleza, por el arte, por la gloria, por cuanto hermosea el existir y nos vincula amablemente a él. Viviendo la exaltación de agotar el ideal, no lloraréis cual la hija del gibór hebreo, al bajar al sepulcro infecunda, sin que en sus entrañas pudiese formarse el Mesías. Huid de la admiración convencional de los salones, como se huye de una charca cuando se va vestido de blanco, porque su atmósfera suele ser de indiferencia, de hastío, de incomprensión, donde pululan los ciápodos que tienen la cabeza junto al suelo—lo más bajito posible—rasando la tierra hasta el punto que sus pelos se vuelven raíces.

Quizás al poneros en contacto con los bajos intereses de la farándula humana, con las injustas corruptelas de este mundo dislocado, en que no se da el triunfo al mérito positivo, sino al soborno, a las serpientes rastreras, a los incapaces de luchar a pulso, cara a cara y frente a frente, sintaís flaquear la feliz instabilidad de los geniales y desgarrarse vuestro espíritu en amargas decepciones. ¡Qué diablo!; no condeneis, por eso, la vida que nos hiere, burla y despedaza, que a ratos nos hace malos a fuerza de desengaños y de mentiras. De los muñe-

Biblioteca de Galicia

cos de barro concupiscente en que bullen gusaneras de apetitos y mezquindades ¡ni aun el barro queda!. La obra del alfarero prehistórico llega a nosotros; el barro humano es limo corrompido, al que no puede dar consistencia ni el fuego de la pasión más sublime. Solo el hombre se parece a los númenes cuando un generoso arranque de justicia, de verdad y de bien lo alza del suelo, y en alas de la quimera flota sobre las cimas, rasa los mares, brinca en el hondón de los despeñaderos, y, gustando de ser independiente, con feroz independencia de altísima estirpe sagrada, se agarra a la faldamenta de las nubes,no claudica, y lucha, y muere... ¿Qué importa que no llegue a donde pensó? Disolviendo su alma en lo infinito, pensar en llegar le basta. Le basta su anhelo de perder toda materialidad grosera y asidera, y, apartado de las míseras concupiscencias de los demás mortales, acercarse al umbral de las musas, para que le descubran los misterios inefables de la esencia existente en sí misma, buena, verdadera, justa, inmaculadamente bella, dándole a beber el néctar y ambrosía de la gloria.

Que es lo que muy de corazón y sobre todo os deseamos por los siglos de los siglos. Amén.

Biblioteca de Galicia

A FLOR DE HISTORIA

Biblioteca de Galicia

Biblioteca de Galicia

Galicia, que es la patria de la modestia como de la inspiración, tiene todavía sin escribir la historia de su arte, cuyos resplandores alumbraron la aurora de la civilización de los tiempos medios en España. Si, como afirma Silio Itálico, dos centurias antes de nuestra era cinceles gallegos trabajaban *aquella filigrana* por él cantada en latinas estrofas de loa, bien puede decirse que nunca sobre el suelo de Galicia se puso el sol de las geniales creaciones artísticas.

Tras los toscos monolitos celtas, primitiva nebulosa de nuestra arquitectura regional, que con la zanfona, gaita, muiñeira y alborada nos legaron nuestros aborígenes, y los bellos mosaicos y bien talladas cabezas, medallas y monedas, que con puentes, vías termas, ollas y murallas nos dejó el genio de Grecia y Roma, como rastro viviente de su tránsito por el codiciado solar de la vieja Lusitania, la llama del cristianismo encendió la chispa de una nueva inspiración en el alma gallega, tan dada a las vagorosas y místicas exaltaciones del ensueño.

Y sobre el ara rota de los templos gentiles levántanse los cristianos, aprovechando lápidas, columnas y capiteles; y sobre las piedras miliarias que el romano fijó en sus caminos para señalar las distancias, yérguense los primeros cruceros de las poblaciones gallegas; y a las luminarias de las noches de plenilunio y a la corona de las verbenas paganas suceden las lámparas votivas del santuario y los artísticos ornamentos del culto católico; y en lo más alto de los montes, en las coronas de los

Biblioteca de Galicia

castros, donde, lejos del mundanal ruido, el hombre siéntese más cerca de su Dios, surgen las ermitas primitivas, en cuyos muros de pastoril sencillez plegó sus alas la tradición para incensar el aroma perenne de las encantadoras leyendas. Y con los eremitorios de los cenobitas aparecen los primeros monjes, que, si acuden a la oración al sonido de la esquila monacal, están también prontos para el trabajo y el estudio; y, con ellos, de los monasterios de Rivas de Sil, del Monte Arga, de San Pedro de Rocas, de S. Claudio de Ribadeo, de Samos y de Jubia, salen ya en el siglo VI, los primeros artistas de cogulla, cuya vida contemplativa fué iluminada por los rayos de la Belleza inmortal, purificándola como a Isaías y traspasándola, como la saeta de los divinos amores traspasó el corazón de la enamorada peregrina Teresa de Jesús.

No importa que sus nombres, como los de otros artistas no monacales contemporáneos suyos, hayan desaparecido en el torbellino anónimo de lo ignoto. Nada monta que las viejas crónicas nos hablen apenas más que del joven Baldario, el diestro artista favorito del célebre San Fructuoso de Braga, con el que viajaba, levantando las nuevas fábricas destinadas al culto de Jesús, y a quién quizá se deba la traza de las primitivas catedrales de Lugo, Braga, Aurea (Orense), Tyde (Tuy) y Britonia (Mondoñedo).

Hasta que la crítica buceó en el *Cancioneiro da Vaticana*, a la poesía popular gallega refinada y culta le fué negada la vieja prioridad de su abolengo autóctono, presumiéndose el rancio vino de sus canciones trasiego de la musa provenzal o castellana. Y, sin embargo, a pesar de las falsas presunciones de la crítica, Galicia había sido galana escuela de trovadores, que recogieron directamente de los bardos celtas las formas rítmicas de la *triada*, sin mendigar de nadie el laúd de oro que dejaron estos colgado de los robles de la tierra.

Biblioteca de Galicia

De la misma manera si en aquellos siglos de vitalidad religiosa fueron los monasterios asilo de trabajo y oración, que alimentó el fuego de la cultura, no es aventutado afirmar, pese al silencio de las investigaciones históricas, que en los claustros y catedrales rindióse en rodo momento culto al arte, que es la más delicada y sentimental ofrenda del genio humano a la Belleza eternal.

Y no fueron solo arquitectos y obreros de martillo y cinc el los que dió la Iglesia a Galicia en aquellos días de las frecuentes vocaciones religiosas. La gran afinidad que los musicólogos reconocen entre las dulces y lentas cadencias de nuestras melodías populares y los litúrgicos salmos del *canto-llano*—acaso por tal semejanza han salido de las catedrales gallegas los mejores creadores de la música regional contemporánea, Montes, Pacheco, Patiño, Veiga, Chané—debió de crear en la patria de la Alborada floreciente plantel de maestros y cantores de capilla (1) para cuyo oído no pudieron ser inadvertidas, fecundando las vitelas de los sagrados cantorales, las lánguidas modulaciones del Alalá gallego, que, escuchadas en la soledad de los campos y al caer de la tarde, parecen misterioso eco de una vida surgiendo, con resplandores de aurora, del cementerio aldeano.

¿Y a la sombra de nuestras renombradas iglesias no florecieron, prósperos y envidiados, famosos talleres de orfebreria, que dieron nombre a alguna de nuestras rúas como a la de las Platerías de Santiago, y cuyas obras de maravillosa factura alguien dijo trabajadas por manos de ángeles, siendo pasmo y estimación de los peregrinos galos y flamencos que a Galicia afluían en espiritual romería de devoción y cultura? ¿Qué orfebres han sido los que dejaron el luminoso rastro de su inspiración y maestría en esas estatuas, cálices, cruces, ánforas, portapaces, anillos, custodias, sacros, copones, patenas,

Biblioteca de Galicia

aras, bandejas y relicarios y en tantas otras joyas de depurada variedad de estilos, que constituyen aun hoy el más rico tesoro artístico de las iglesias gallegas, milagrosamente salvado del vandalismo de los ignorantes, de las rapiñas extranjeras y de la codicia de los chamarileros? (2) ¿No se tejieron, calaron y bordaron desde los siglos medios en los huertos cercados de los retiros monjiles donde los blancos hábitos son nardos que aroman la pureza de las corderas de Jesús, como igualmente en las colmenas íntimamente laborantes de las familias gallegas, cuya reina y obrera es a la vez la mujer, casullas, dalmáticas, frontales, palios, encajes, corporales, albas de lino aldeano y otros ornamentos y preciosidades que en su primorosa belleza de labor nos llevan a imaginar las sutiles vestimentas del Cielo? ¿Cómo no venir a los puntos de la pluma la mención de nuestra antiquísima industria encajera, cuyos delicados primores pusieron el nombre de Camariñas, núcleo principal de aquella riqueza manufacturera, a la altura de las mismas ciudades flamencas?

Y si el cristianismo siempre ha tenido en los pinceles favorito instrumento de altísima expresión hasta el extremo de exornar ya las galerías de las catacumbas pinturas murales de escenas bíblicas, efigies de mártires y porción más de alegorías religiosas, ¿cómo, a través de las silentes lagunas de omisión que las viejas crónicas ofrecen, no había de producir Galicia, que es la tierra de las fuertes creencias y de las exaltadas visiones de ultratumba, donde entre espectáculos preñados de simbólico misterio se vive con el fondo del alma, artistas de la paleta inflamados en místicos fervores, cuya iluminación interior fuese genialmente trasladada a lienzos, tablas y retablos para piedad y devoción de los creyentes? (3) Sólo más tarde, cuando con la imprenta multiplícanse los medios de información y con el espíritu crítico de las modernas investigaciones exhúmanse del

Biblioteca de Galicia

polvo de los archivos figuras no estudiadas y se dá a la historia una orientación más humana y racional, logran sobrevivir entre otros a la tabla rasa de tantos valores olvidados, como cumbres excelsas que dominan las dilatadas llanuras de los tiempos, los nombres de algunos inmortales.

Evoquemos aquí su recuerdo prócer para cerrar con la guirnalda de sus laureles inmarcesibles esta cativa ofrenda de cuartillas, por cuya albura he dejado correr muy devotamente las enamoradas destilaciones de mi amor *por Galicia y por el Arte.*

Sonreían para la arquitectura romano-bizantina días precursores de la ideal ojiva y había la Iglesia introducido trascendentales reformas en la liturgia del Santo Sacrificio, consistentes en celebrar éste el sacerdote de espaldas al pueblo, en vez de estar de cara como hasta entonces (4), cuando los maestros Raimundo y Mateo acometieron la tamaña empresa de levantar las magníficas catedrales de Lugo y Santiago, admirables monumentos que en sus páginas de piedra simbolizan la Galicia de la duodécima centuria, época de poder y esplendor, de arte y poesía, de guerras, revueltas y concilios, en la que a la par encumbraba aquella al trono de Castilla a su hijo Alfonso VII, emperador y señor de reyes, y daba sangre, aliento y gloria a la naciente monarquía de Portugal, y conquistaba libertades populares para sus concejos.

Si a tales manos fué encomendada la erección de semejantes maravillas, de presumir es que aquellas fueran ya de elegidos y mimados por la fama. Nada, sin embargo, respecto a obras anteriores nos dicen los antiguos documentos, que en cambio suministran detalles curiosos referentes al contrato de trabajo suscrito por los insignes arquitectos, airosos en su empeño de petrificar el ideal del arte y del siglo, no menos que el de la religión que lo inspiraba. Pero lo que irradia destellos de indis-

Biblioteca de Galicia

cutible primacía es el hecho de haberse levantado entonces, al conjuro del numen que inspiró a los constructores de las basílicas lucense y compostelana, las catedrales de Mondoñedo, Orense y Tuy, las iglesias de Santa María y Santiago de la Coruña, la de Betanzos, bajo la advocación de la primera, con su celebrado pórtico, la colegiata de Bayona, el priorato de Moraime, el Convento de los Templarios en Cambre, la catedral de León y otros cien monumentos más que, como arcos de triunfo del ostentoso arte romano, levantáronse en nuestro fecundo solar, oteando ya el próximo alumbramiento de la idealizante arquitectura ojival (5) y el brioso renacer de las formas clásicas.

Excelsos representantes del clasicismo arquitectónico son Domingo de Andrade, a quien alguien proclamó rival de Juan de Herrera, Casas Novoa y Lois Monteagudo. Andrade, cuyo talento mereció ser fraternalmente honrado por Fraiz, el viejo Gutemberg gallego, de donde arranca en los días de la décima sexta centuria toda una brillante generación de impresores en Galicia, diseñó y levantó, iluminado por la nueva musa del renacimiento, diversas fábricas greco-romanas como la torre de la Trinidad o del Reloj de la Basílica santiaguesa, «gallarda y perpetua centinela de la Jerusalén de Occidente coronada de glorias, hija de reyes y hermosa obsequiada de las naciones» para cuya joya de atrevida proyección y graciosos perfiles hizo Antelo (6) la magnífica máquina del reloj.

Casas Novoa, cuyo selecto espíritu, prisionero en la intrincada jaula de los delirios churriguerescos, fué águila ansiosa de nobilísimos intentos de libertad, dió forma ideal en su luminoso cerebro a las exornadas bellezas de la capilla de Nuestra Señora de los Ojos Grandes en la cabecera de la catedral de Lugo el año 1726, y, para defender de las iras del tiempo la joya sin igual del Pórtico de la Gloria, guardó en el grandioso estuche de la ar-

Biblioteca de Galicia

moniosa fachada del Obradoiro en la catedral de Santiago aquel milagroso poema de piedra, trasunto precusor de la *Divina Comedia* del Dante.

Lois Monteagudo, a cuya lozana juventud truncada por la muerte le fueron abiertas las puertas de las más altas academias artísticas, alzó con majestuosa sencillez la preciosa fachada de la Azabachería de la basilica compostelana y los elegantes y antiguos palacios consistoriales de la Coruña y Betanzos, así como la casa señorial de los condes de Altamira en Madrid, legando su inspiración de puro gusto greco-romano a Machado, el director de la fábrica de la Universidad galaica, al malogrado Cendón y al ingeniero Lareu, el generoso Mecenas, cuyos triunfos hacen hoy reverdecer otros hijos sin cuento, orgullo de la tierra.

Y si con tanta pompa y galanura floreció, en la tierra blasonada con el sacro viril, el suntuoso rosal de las magnificencias arquitectónicas, en la escultura no desmienten los gallegos la secular habilidad de la raza que labró un tiempo el escudo del gran guerrero de Cartago, cautivando la admiración de Silio en versos inmortales.

Príncipes de esta gloriosa tradición aparecen, como dos altas montañas, fronteras y mellizas, Francisco Moure y Gregorio Hernández. Cuando el renacimiento poblaba de helénicas preciosidades el solar ibero, Moure y Hernández hacían de los leños figuras divinas, plasmando sus altos conceptos de belleza ideal en pasmosas creaciones de correcto estilo, donde vaga todavía el espíritu poderoso de los dos sublimes visionarios.

La filigrana sin igual del coro de la basílica lucense, en cuyos relieves de purísimo estilo greco-romano esculpió el eminente escultor orensano la historia de la humanidad en sus tres grandes épocas de Ley natural, Ley escrita y Ley Evangelica (7), el coro del monasterio cisterciense de Meira, fábrica erigida en el mismo siglo que la catedral de Lugo y bárbaramente maltratada hoy por las

Biblioteca de Galicia

iras de los hombres, y el esbelto colegio de la Compañía de Monforte de Lemos, el severo escorial gallego, cuya visión de grandeza inspiró a Góngora los catorce versos de un entusiasta soneto (8), son las más hermosas maravillas que Moure modeló, cinceló, pulió y alzó, a imitación de Prometeo, que arrebató a los dioses los secretos de su poderío para regalárselos a los hombres.

Si en sus esculturas se traslucen con un realismo enorme los suspiros del alma, la sangre de las venas y los latidos del corazón, corriendo con jónico naturalismo por sus epidermis de bruta materia el extremecimiento de la vida, Gregorio Hernández superóle quizás en idealismo cristiano, en la poesía de las concepciones y en la dulzura de la musculación. Los modelos del *Miguel Angel gallego* no fueron de corruptible barro. Su ideal fué lumbre desprendida de la mística intuición de la Belleza infinita. En el museo de Valladolid y en gran parte de iglesias españolas consérvanse sus estatuas, sus retablos, sus relieves, sus célebres pasos de la Pasión del Señor, que producen en el alma todo el arrobo de una visión beatífica.

Después de él la noche que comenzó con su muerte no termina hasta los días de Silveira, Ferreiro, Gambino (9) y Felipe de Castro, el artista mimado de reyes y orlado por academias nacionales y extranjeras, de cuyas obras dijo Moratín:

> ... y con cincel de acero puro
> del Fidías Castro las gallegas manos
> hicieron...;

Castro fué una inteligencia selecta que restauró la escultura española al esplendor de las antiguas edades, mereciendo ser nombrado director de todas las obras de escultura y estatuaria del real Palacio de Oriente en Madrid y contribuyendo con su celosa cultura a la fundación de la Real Academia de San Fernando. Gallego hasta el orgullo grababa siempre al pie de sus estatuas la

Biblioteca de Galicia

frase de Silio Itálico: *Gallaicae fecere manus*—lo hicieron manos gallegas.

Y manos gallegas fueron también las de Bouzas, Figueroa, (10) Ferro y Villamil.

En las postrimerías de la penúltima centuria, cuando «la pintura era débil como el gobierno, inanimada como la sociedad, frívola como la corte, aherrojada e indecisa como la opinión pública», y el amaneramiento, la rutina, la copia servil o la licencia extremada obtenían privanza y eran norma mezquina que embarazaba las alas del talento, sobre el horizonte seco de monotonía arrojan lumbres innovadoras las revolucionarias paletas de los cuatro pintores gallegos. Ferro y Villamil, sobre todo, fueron para la restauración de los pinceles hispanos lo que Castro, su contemporáneo, para la rebeldía del cincel: valientes Sigfredos que han clavado con mano infanzona en la cabeza del dragón del rutinarismo impotente la rutilante lanza del genio.

Pero si el talento de Ferro detiénese a veces prudentemente en su marcha arrolladora hacia nuevos rumbos, acaso por asaltar su alma el temor de incurrir en extremos y opuestos extravíos, la febril fantasía de Villamil revuélvese resuelta y desenfadada, en vuelos de un temperamento altamente rebelde, contra la turbamulta de los renacuajos que estérilmente colean en la turbia charca de la míope vulgaridad.

Y si Ferro bebió su técnica robusta en las limpias fuentes de los mejores talleres de Nápoles y Bohemia, siendo sobre todo, dentro de la Academia de Bellas Artes de Madrid, un innovador doctrinario, cuya tenaz actuación hizo evolucionar los estatutos de aquella escuela artística, el Shakespeare de la pintura—que así sobrenombró la sublime osadía de Villamil uno de sus biógrafos—cual otro Moisés, hace manar de la cantera del natural las frescas aguas de su inspiración lozana, trasfigurando en el Tabor de su alma romántica la corporal vi-

Biblioteca de Galicia

sión de la naturaleza vivificada por el apasionado sentimiento del artista.

Por eso de este artista norteño, con cuyo genio estuvo desposada la fecundidad (11) ha escrito bellamente Teodosio Vesteiro: «Recorred las montañas y praderas de Galicia, vagad por sus bosques y por sus rocas; id a la margen del río, al claustro del monasterio, al torreón del castillo, a sus playas, a sus cabos; contemplad allí la bruma y el iris, el sol que muere y la luna que surge; aspirad la brisa de sus vergeles, y oid el arrobador concierto de sus mares; y en el éxtasis producido por aquella naturaleza digna de los días paradisiacos, por aquella naturaleza real, embargados de admiración, prorrumpiréis en el himno de maravillas que a Dios y al arte eleva el grito del creyente y del poeta: *he aquí los ideales de Villamil*».

La arcilla deleznable de todos estos hijos de Galicia ha desaparecido, como desaparece el sol tras altas montañas trocado en vivos resplandores; pero la excelsitud de sus almas ha quedado flotando, como las blancas nubes sobre las cumbres altivas, por los senos de la posteridad, cuyos horizontes ganan en explendor y belleza cuanto más grande sea la distancia desde la cual se columbran.

Biblioteca de Galicia

(1) Que la vieja Suevia no estuvo falta de cultivadores del divino arte de los sonidos durante los siglos medios lo revelan, siquiera sea un catálogo demasiado breve por las nebulosidades de aquellos tiempos, los nombres de Peleón, fundador de un Conservatorio de Música en Betanzos, Llubero, profesor de fama, Mata, poeta y coreógrafo, Couto, que se adelantó a su tiempo como afortunado innovador, Yáñez Novoa, que de chantre llegó a obispo de Orense, y otros más, todos ellos florecientes en los siglos XIII y XIV. Más tarde tenemos a Escobedo de Tuy, cantor de la capilla del Papa, Bolaño, hijo de Lugo, Durán y Ordóñez ambos maestros de capilla de Santiago.

(2) Galicia tuvo sus hombres, émulos de los Arfes y de los Casanovas, como plateros y grabadores. El nombre de D. Francisco Pecúl y Crespo basta solo para enorgullecer a un pueblo. En pleno siglo XVIII fué el insigne orfebre compostelano un autorizado representante de la antigua orfebrería, haciendo florecer los triunfos que habían hecho famosos a los artífices de nuestro siglo de oro. De él son las ánforas de la catedral de Lugo, las polícromas sillas de bronce del real sitio de Aranjuez el tabernáculo de la capilla mayor y la cruz de cristal de roca de la catedral de Jaén, la imagen de la Concepción del relicario de la basílica santiaguesa y otras muchas joyas, cuyo mérito le abrió las puertas de la Academia de San Fernando.

(3) La pintura fué muy usada en la ornamentación de nuestras iglesias al extremo de pintarse los pórticos, como el de la Gloria de la catedral de Santiago, estupenda maravilla del maestro Mateo que en expresión de Villamil no sería aventurado considerar como *el primero del mundo*, y el lateral de la iglesia dedicada al mismo patrón en la Coruña. Igual gusto polícromo acusan las pinturas murales de las iglesias de Carboeiro, Lestedo, Arnego, Vilar de Sarria, Santa Eulalia de la Espenuca y otras que López Ferreiro supone del siglo XII al XIII.

(4) Este cambio de liturgia tuvo que influir grandemente en la disposición de las nuevas fábricas destinadas al culto, pues los altares fueron colocados en el fondo del ábside.

(5) Sabido es que los siglos XIII y XIV constituyen el más brillante período del arte gótico en España. Sin embargo como con acertado tino observa Teodosio Vesteiro, en cuyos dominios espirituales espigo yo gran parte de estas anotaciones, mientras el resto de la nación elevaba catedrales, Galicia, *que ya las tenía*, alzaba castillos y fortalezas, cuyos torreones derruídos por reyes y villanos yérguense todavía nido de águilas y arrimadero de hiedras, como fósiles de una edad que agonizó con indómita altivez. Por esta razón escasean en nuestro país monumentos de aquel género, salvo la gótica parroquial de Noya, las iglesias de San Francisco de Lugo, Orense, Coruña y Betanzos y otros conventos dominicos y franciscanos, cuyas órdenes han sido para el arte ojival lo que los monjes benitos para el románico: sus principales promovedores. Sin embargo no hay un solo ejemplar donde el estilo se manifieste único y puro.

(6) Galicia no ha sido estéril en excelentes mecánicos. Don Andrés Antelo, eminente ferrolano de la última centuria, construyó los magníficos relojes de las catedrales de Lugo, Santiago y de los monasterios de Sobrado y Betanzos; ideó los populares quin-

Biblioteca de Galicia

qués de su nombre; fabricó electróforos; hizo mesas de música; inventó las llaves de pistón para la artillería de marina y un autómata que recorrió entre la admiración de las gentes las calles del Ferrol. Antelo fué el primero que usó el vapor como fuerza motriz en establecimientos oficiales dentro de Europa.

(7) El docto arcipreste del Cabildo lucense Sr. Portabales ha publicado una acabada monografía, ilustrada con numerosos grabados, de esta admirada joya, que sin vacilaciones puede reputarse, como la obra más notable de arte que encierra la ciudad eucarística.

(8) El Colegio de la Compañía, que es un verdadero museo de riquezas artísticas guarda asímismo otras obras del maestro, como el admirable retablo del altar mayor y el soberbio púlpito de nogal, que con razón extasian el alma de los que los contemplan.

(9) Silveira, compañero inseparable de Castro en sus correrías artísticas, dejó, aparte de los bellos trabajos del real sitio de San Ildefonso, las imágenes de los altares colaterales de San Martín de Santiago, las del altar mayor de Santa María del Camino y otras más.

Ferreiro fué el Praxiteles del idealismo católico. Su espíritu escogido fué educado entre los monumentos medioevales de la ciudad del Apóstol, habiendo sido de sus manos las estatuas que embellecieron el hoy ruinoso monasterio de Sobrado y otra porción más de hermosas creaciones, como la estatua de Minerva de la Universidad compostelana.

Con su vida estuvo siempre íntimamente ligada la de Gambino, el artista soñador, a quien se deben la Virgen de las Angustias del Santo Cristo de Orense y el precioso relieve que, representando la batalla de Clavijo, exorna la fachada de la casa consistorial de Santiago, antigua casa solariega de los Churruchaos.

(10) D. Juan Antonio Bouzas heredó de su maestro, el célebre Jordán, las poderosas aptitudes fresquistas, que más tarde dieron alta celebridad al popular autor de los castizos frescos de San Antonio de la Florida. Se conocen suyos un San Pedro y un San Andrés en la sacristía de la catedral de Santiago, dos lienzos en la del convento de Santo Domingo de la misma ciudad y otros cuadros de propiedad particular.

Don Francisco Figueroa acercóse con el valor de los elegidos a la naturaleza en sus copiosos paisajes, donde emergen la gracia y un verismo encantador.

En Madrid consérvanse de él la Virgen de la Palma, su autoretrato y otros cuadros.

(11) Imposible encerrar en los estrechos límites de una nota el largo catálogo del inmenso caudal producido por el fecundo talento de Ferro y Villamil. Baste decir que las copias, dibujos y lienzos de Ferro avaloran en gran número el tesoro artístico de España y América. Villamil ha legado a la humanidad más de ocho mil cuadros al óleo y diez y ocho mil bocetos, dibujos, litografías, acuarelas y otras inestimables reliquias de su portentosa actividad, esparcidas por Europa y el continente americano.

(12) A estos cuatro gallegos, que con tanta gallardía dominaron las cumbres del arte de Zeuxis, debemos añadir los artistas, también hijos de Galicia, Amoedo, del cual hay un lienzo *San Bernardo adorando a la Virgen*, lleno de colorido, en el museo de Orense;

Biblioteca de Galicia

el coruñés Acuña y Troncoso, que mereció ser premiado por la Academia de San Fernando por su cuadro, *El Sacrificio de Abrahan;* D. Joaquín Gallardo igualmente laureado en reñida lid por la docta corporación; D.ª María Josefa Miranda, Marquesa de Bóveda de Limia, a quien se concedió un sitial, como académica de mérito, en la misma casa por su magnífico dibujo *La Magdalena;* D. Juan Pérez Villamil, hermano del preclaro pintor ferrolano, de cuya paleta salieron cuadros muy celebrados; Valderrama y Ozores, autor de numerosos retratos que le valieron ser premiado en la exposición de Galicia de 1858.

Biblioteca de Galicia

Biblioteca de Galicia

Biblioteca de Galicia

Precio: 2 pesetas

1920.—Imp. de G. Castro.—Lugo

Biblioteca de Galicia

Biblioteca de Galicia

Biblioteca de Galicia

Biblioteca de Galicia

PB
1761

POR GALICIA Y POR EL ARTE

Biblioteca